



## AL QUE A BUEN ÁRBOL SE ARRIMA...

*Escuela Naval Militar. Un invierno, allá por los años ochenta y tantos... (del siglo pasado).*

Manuel LUACES SANJUÁN



ENÍA lugar en la meseta alta de la Sierra de Barbanza, entre las rías de Arosa y Noya, un ejercicio de adiestramiento de la Compañía de Alumnos de Infantería de Marina en el combate ofensivo en situación continuada.

Al anoecer del cuarto día, después de un ritmo frenético de sucesión ininterrumpida de variadas incidencias en distintos escenarios y cambiantes situaciones, tanto diurnas como nocturnas, la Compañía, bajo la dirección de su profesor de Táctica, el entonces capitán Joaquín Garat, se estableció en una posición defensiva en perímetro, con capacidad de reacción en todas las direcciones y en situación de tensa vigilancia, ya que, como era fácil de

prever hasta por el más inocente aspirante de primer curso, el «enemigo» (léase los «malvados protos») —dirigido por el coadjutor del Cuerpo, el entonces comandante Cristóbal Gil, puntual foco en el que se materializaban todas las imaginaciones «diabólicas» posibles (las de todos los protos, se entiende, no solo las del comandante Gil)— ¡ya tendría prevista alguna nueva diablura para seguir incordiando y fastidiando al «caballero»! Y muy desencaminados no andaban los sufridos infantes, ya que esa misma noche, aprovechando que el cansancio y la fatiga ya empezaban a dar ciertas señales, teníamos prevista una nueva incidencia para evaluar el nivel de alerta y la capacidad de la compañía para dar pronta respuesta ante una sucesión de ataques por sorpresa lanzados contra su posición desde varias direcciones.

Los «ataques» en ciernes iban a ser materializados mediante una serie de «bombardeos» lanzados desde distintos sectores con cohetes iluminantes y explosivos, además de tracas de petardos —*mascletás* en toda regla— para simular el fuego de fusilería de una fuerza atacante.

La Compañía debía localizar sus orígenes y responder prontamente, a su vez, con fuego real de fusilería, ametralladoras y granadas de mano para defender los sectores amenazados —los fuegos de mortero de barrera de la defensa serían también reales pero, por razones de seguridad, se harían sobre una zona predefinida, acotada y asegurada de antemano—.

Las posiciones desde las que se iban a simular estos ataques habían sido elegidas con anterioridad; contaban con la adecuada protección contra los fuegos de reacción, distantes unos setenta y cinco metros, como mínimo, del Borde Anterior de la Zona de Resistencia (BAZR) de la posición defensiva, distancia prudente que las debería mantener fuera del alcance de las granadas de mano que hacia allí se lanzasen (téngase en cuenta que la munición empleada en los fuegos de reacción de la Compañía era «de guerra»).

El capellán, que por aquel entonces se integraba habitualmente con nosotros en los ejercicios en el campo, era un joven sacerdote del SARFAS (1) en período de formación, de nombre Ángel, hombre jovial, con gran dedicación, excelente forma física, muy activo e intrépido y siempre dispuesto a experimentar nuevas sensaciones; resistente marchador, ya había participado, además, en los ejercicios de paso de la pista de fuego y de paso de rompientes en balsa, así como en los de escalada y descenso en rápel volado desde helicóptero, y al que invité, sabiendo de antemano que aceptaría de buena gana, a acompañarme en la tarea de materializar el «enemigo» desde una de estas posiciones descritas. La mía, en concreto, sita en terreno despejado, quedaba a sotafuego de una roca protectora de aceptables dimensiones, cercana a la linde del bosque que tenía a sus espaldas y que, como mucho, proporcionaba segura

---

(1) Servicio de Asistencia Religiosa de las Fuerzas Armadas.

protección para dos personas —era lo mejor que había en aquel sector que tenía asignado—.

Ya era avanzada la noche cuando la Compañía, después de haber concluido las someras obras de fortificación, se encontraba en su mayor parte descansando, confiando su seguridad a la vigilancia de los puestos avanzados y a las guardias sobre las armas; el páter y el que subscribe nos trasladamos sigilosamente, al amparo del bosque, hasta la posición elegida, portando el material pirotécnico con el que íbamos a simular la «artillería y fusilería enemigas». Llegado el momento y siguiendo la secuencia prevista, desencadenamos nuestro «ataque». La reacción de la Compañía en este sector, una vez hubo recuperado sus elementos avanzados de seguridad, fue buena por lo inmediata, intensa y continua; tanto que apenas nos dejaba respiro para dar fuego a los artificios con los que materializábamos el ataque, digo «nos» porque nuestro intrépido páter estaba tan metido en la tarea de ayudar que a veces tenía que retenerlo físicamente para que no se saliese de la protección de nuestro precario refugio.

En lo que aún quedaba de la noche tuvimos la ocasión de provocarles un par de alarmas más, alternándolas con las de los otros sectores y, después de dar por terminada nuestra actuación, desplegamos nuestros sacos y allí mismo nos echamos a dar una cabezada en espera de la ya cercana amanecida por mor de una saludable autoprotección, dado que el ejercicio aún no había finalizado y la Compañía continuaba en situación de alerta; no estaban las cosas como para que un movimiento en falso por un inoportuno fallo de coordinación al salir de nuestra posición nos diese un mal susto.

Ya despuntando el alba, y una vez hubimos asegurado nuestra salida, dejamos el precario refugio. Al inspeccionar los alrededores para evaluar el grado de precisión y la concentración del fuego de reacción, pudimos apreciar que la roca que nos había servido de protección aparecía materialmente acribillada y la vegetación circundante literalmente segada. Ante esta visión nuestro buen capellán hizo un gesto atónito y, levantando las manos, exclamó algo así como: «¡Anda que si llega a haber habido un fallo, mal lo habríamos pasado; no creo que el médico pudiese hacer nada por nosotros!», a lo que irónicamente le respondí: «¡Nunca mejor ocasión para hacerse acompañar por un cura!».

Cuando el páter Ángel se licenció del servicio, retornó a su diócesis en Orense. Desde allí mantuvo todavía contacto con nosotros por algún tiempo, por lo que supimos que estaba participando en un programa de recuperación y rehabilitación de jóvenes marginales problemáticos. Tiempo después, aún tuvimos ocasión de volver a verle con motivo de una visita que hicieron él y su «parroquia» a la Escuela Naval; aún recordaba vívidamente y con agrado los momentos compartidos con aquellos «sus infantes de Marina de la parroquia de Nuestra Señora del Carmen del Barbanza y otros andurriales», como él nos llamaba, al haber sido precisamente nosotros la primera grey que había

tenido a su cargo; y decía que, después de esto no había situación, por difícil o rara que se presentase, que le pudiese echar para atrás.

El tiempo y las circunstancias fueron diluyendo la relación; pero aquel «cura paisano» dejó en nosotros un grato recuerdo de su buen hacer y empatía en el relativamente poco tiempo en que fuimos sus «parroquianos» por haber sabido estar en la línea y a la altura de los mejores de aquellos otros capellanes castrenses de los que también fuimos —en muchas otras veces, lugares y ocasiones— «sus raros, pero que muy raros, parroquianos en tierras de misión».

